

(24)
res primis Conditionibus Conservator
Imperi preceperit omnes ut si qua Hispania
Americasque gentibus statuta sollicitis
casu maxime quibus Illustrium Caesarem regere
de Jove & quibus Imperio Religioni Pa-
tri et Majorum cogitavit ad remota
comitatus societas gloriosum servet
equitantes dicitur in parte de hoc
in ambo de equis de consensu editis
sunt non sicutis sed et ceteris
manu quibus potius in parte
Patria & ceteris



in parte in postre-
potentiam, gloriam
accepta incrementa
Mundi optima
America quae nec cum
nec cum ubertate agrorum,
nec cum quietudine Civitatum,
nec denique
cum bonis omnibus quibus te rerum Conditor
maxime occupavit, unicus maximum Caesari
comparandum, tuum huc usque
probatum idem quae possis verbis, Populis &
gratia Pio Regi, gratia Coe-
gratia Principi, Teque Deum

Imada razon
ELOGIO

ELOGIO

DEL SEÑOR

CÁRLOS CUARTO,

AUGUSTO REY DE LAS ESPAÑAS.

SU AUTOR

EL BR. D. JOSEPH MANUEL SARTORIO

COLEGIAL QUE FUÉ

DEL COLEGIO REAL Y MAS ANTIGUO

DE SAN ILDEFONSO.

ELÓGIO

Vox diversa sonat; Populorum vox tamen una,

Cum verus Patriae diceris esse Pater. Mart.

AUGUSTO REY DE LAS ESPAÑAS.

SU AUTOR

EL Sr. D. JOSEPH MANUEL SARTORIO

COLEGIAL QUE FUE

DEL COLEGIO REAL Y MAS ANTIGUO

DE SAN ILDEFONSO.

(1.)

ELÓGIO

DE

CÁRLOS CUARTO.



A exáltacion del gloriosísimo CÁRLOS CUARTO al Trono augusto de las Españas há excitado de un modo singular el júbilo de las Naciones que tienen la gran dicha de estar debaxo de su Cetro. Inundadas de un regocijo extraordinario, ellas forman un coro alegre, que consagrando aplausos á su amado Monarca, y congratulándose á sí mismas de su propia felicidad, prorumpen en expresiones que hacen résonar dulcemente los ángulos todos de la dichosa Monarquía. Quizá la Historia de los siglos pasados no podrá presentar en el teatro de las Proclamaciones escena semejante á la que miran nuestros ojos. Igual alegría, igual esmero en las invecciones, igual competencia y porfia de las Ciudades y los Pueblos en hacer alardé de su amor: en fin igual conmoción de ánimos, parece no se

(2.)

han visto hasta ahora. La América, sí, la fidelísima América, que siempre há hecho un punto de su honor y su gloria el amor y obediencia á sus amables Soberanos, no es la menor en esta parte. Puede ser que la relacion de sus regocijos y esmeros, si es que ella tiene la fortuna de llegar á su augusta mano, llene su ánimo de complacencia al registrar en sus renglones los omenges y servicios de una Nación, que aunque no goza el placer y dicha de verlo, tiene no obstante la gloria de amarlo tiernísima, no consintiendo que otra alguna la aventaje en las prendas de fidelidad y de amor.

¡Y qué prueba sería por cierto tan visible é ilustre del universal regocijo y de los obsequios que mi Patria justamente tributa á su sagrada Real Persona, el que en esa memoria de la comun celebridad pudiesen leer sus ojos la particularísima noticia de que su exáltacion há conmovido tan altamente los ánimos Americanos, que há hecho prorumpir en aplausos, no yá solamente las lenguas de la eloquencia y sabiduría; mas aun la lengua misma de la mudez y de la ignorancia! Esto sabría quando leyese que en un Certamen Literario, en que los Sabios levantaron la voz para aplaudirlo y celebrarlo con

(3.)

Oraciones eloquentes, y con enérgicas Poésias, entró con ellos á hacer coro, acompañándolos, yá que no en la facundia y la dulzura, sí en el amor y regocijo, cierto Vasallo ignorante y mudo, que aunque incapaz de hablar, rompió no obstante repentinamente la voz por un efecto semejante á el que yá há obrado alguna vez la gran conmocion de un afecto: y que yá que no pudo ni presentar un Panegirico, ni entonar un Canto que fuesen dignos de los premios, dignos de un Congreso tan respetable, dignos de un Héroe tan glorioso; prorumpió al menos en unos vivas que fueron testimonio de su regocijo y su júbilo, de su obediencia y de su vasallage. Y veis aqui, Señores, lo único que me hace hablar, y lo único que yo puedo hacer.

Porque no, no puede esperarse de mí un elogio completo del Augustísimo CARLOS CUARTO, objeto de nuestros aplausos, y cuyo nombre ilustre tiene yá llena de su sonido la redondez del Universo. Ni es esto, porque se me escondan las nobles prendas que lo distinguen: no á la verdad. Yo sé muy bien, como lo sabe todo el mundo, que son tantas y tales las que se reunen en su Persona á caracterizarla, que quando los derechos incontestables de la herencia y

la legítima sucesión no lo hubieran llevado al Solio, ellas solas habrían bastado para que toda la Monarquía le hubiese puesto muy gustosa en las manos el Cetro, y en las sienas la Real Corona. Ellas muestran que há nacido para reynar, y son como un sello brillante con que lo marcó el Cielo mismo, para que todos conociésemos que es un Rey dado de su mano.

Porque quando á mis solas me pongo yo á considerar qual y quan grande debe ser aquel que debe gobernar unos Reynos amplísimos, hacer la dicha de los Pueblos, y desempeñar el carácter de representante de aquel por quien todos los Reyes mandan, no me ocurre á la mente imágen mejor de un tal Príncipe que la que presenta el gran CARLOS, en quien se unen hermosamente la robustez de la salud, la noble presencia del cuerpo, la edad fresca y madura, la magestad del rostro, la grandeza del ánimo, la claridad de las potencias, la vasta instruccion en la grande arte de reynar aprendida por muchos años en la escuela no menos que de todo un Carlos el Sabio; una afabilidad que no deroga á lo severo, una simplicidad que no ofende á lo grave, una humanidad que nada quita á lo magestuoso, y finalmente el precioso conjunto

de quantas dotes y qualidades pueden exigirse en un Rey, y acreditar á un grande Príncipe. Unas prendas tan luminosas, aun la mas corta vista no tienē en verlas dificultad. Con que no es porque se me oculten el que no se aguarde de mí el Panegírico de nuestro CARLOS.

Como tampoco lo es, porque hallándose él todavia en los principios de su Reynado, no haya producido aún todo aquel cúmulo de acciones que requieren un grande tiempo, y que habrán de formar en la Historia futura su Retrato perfecto, que verá con placer y admiracion la posteridad. No por cierto: no es necesario para formarle un alto elogio con los colores vivos de unas acciones resplandecientes, estar en expectation del curso de los dias que le deseamos bastante largos. Yá el Sol amaneció: y á la manera que quando nace el que gira en el quarto Cielo, luego al instante que se asoma por los balcones del Oriente manifiesta toda la pompa de sus resplandores y brillos, llena de alegría á todo el Orbe, y empieza á producir los amables efectos de su general beneficencia; así CARLOS el QUARTO, luego que ha amanecido sobre el Solio Español, se há presentado con la pompa brillante de gloriosísimas acciones con que há derramado

(6.)

el placer sobre toda su Monarquía, haciéndole mirar entre ellas muchas las mas bellas y loables de su amorosa beneficencia.

La Religión, aquella virtud Reyna de todas las morales; la Justicia, que paga á todos sus derechos; la Misericordia, que se dexa herir dulcemente de la agena necesidad; el Amor, que se interesa en el bien público, y mira como propia la felicidad del Vasallo: todas estas virtudes, por no hablar de muchísimas otras, han recibido yá los testimonios del corazon de nuestro ínclito CARLOS en muchas obras recomendables, que divulgadas por la fama, anuncian al Universo que aquel á quien rindén tributo tantos Pueblos y tantos Reynos, ese mismo há colocado su mayor gloria en ofrecer y consagrar dignos tributos á las virtudes. Y qué ¿no ministra todo esto, aun para lo futuro, apoyos los mas firmes sobre que fundar esperanzas las mas alegres y lisongeras? ¿Sería preciso acaso estar iniciado en los misterios de una supersticiosa aruspicina, ó ser inspirado de algun entusiasmo profético, para adivinar los progresos que está aguardando la Religión, las satisfacciones que se promete la Justicia, y el colmo de felicidades que están esperando los Pueblos? Unas premisas tan brillantes, y

(7.)

unos antecedentes tan nada equívocos dan luz aun al mas ciego, para que, sin temor de aventurar pronósticos, anuncie desde luego un Reynado de paz, de prosperidad y de gloria.

Si: los materiales que ha dado CARLOS para su elogio, no pueden padecer la nota de esterilidad. Ellos no causan otra pobreza que la de que suelen quexarse los Panegiristas de grandes Héroes, quando rodeados por todas partes de acciones y proëzas que todas piden la alabanza, se lamentan de que los hace pobres la multitud y abundancia misma, no sabiendo entre tantas á qual determinarse, ni qual elegir para hablar de ella: no de otra suerte que quien entra á un bello Jardin, al ver en él la diversidad de mil flores, todas hermosas y gallardas, no se resuelve facilmente sobre qual elija y qual corte. Esta es la pobreza única que acarrear las obras de CARLOS. Por lo demas ellas son tan ricas en abundancia y en grandeza, que aun á los ingenios mas cortos, y á las lenguas mas balbucientes ministran asunto sobrado, yá para alabar de presente, y yá para pronosticar acerca de lo por venir. ^{Supra} Despues de todo, no es á mí á quien incumbe la alta y soberana provincia de consagrar á este Héroe el panegirico de que es digno.

(8.)

Los Héroes admirables piden altos Panegiristas. No son otros que los Homeros los destinados á cantar Poëmas á la gloria de los Aquiles, y solo á los Plínios, Oradores de filigrana, les pertenece componer los elogios de los Trajanos. Por lo que á mi toca, temería siempre, que en lugar de alabar sus ilustres acciones, las iba á deslucir por no saberles dar aquella noble ponderacion que ellas exigen justamente: y sería tambien para mí asunto de bochorno el hacer resonar la ingrata voz de un Cuervo entre las suavidades de tantos dulces Ruiseñores. No se espere pues, que yo tenga el atrevimiento de emprender el elogio de las prendas del gran Monarca. Un asunto de tanto porte está reservado á mayores talentos. Los sabios Oradores, animados de una elocuencia viva, y los sublimes Poëtas, que á los bordes de la Helicon han bebido el estro divino, esos son los proporcionados á formar á tan grandes hechos unos encomios, yá que no iguales á su mérito, al menos algo dignos de su grandeza y de su heroismo. Ellos sí, ¡qué hermosas pinturas harán! ¡Qué descripciones adornarán tan vivas! ¡Cómo pondrán en toda su luz aquellas prendas tan amables! ¡Cómo darán la debida ponderacion á sus brillantes obras! ¡Qué imá-

(9.)

genes tan expresivas producirán de sus virtudes! Oídlos, oídlos.

Y yá vereis con que colores tan hermosos os pintan un Monarca, que penetrado vivamente de la Magestad del Sér eterno, está persuadido á que por él mandan los Reyes, por él imperan los Príncipes, por él hacen decretos justos los Soberanos Legisladores, y de él está colgado todo el acierto y felicidad de las Potestades del mundo: conocimiento que le hace esperar, no de otra parte que de su Trono, y de los montes santos donde él habita en una luz inaccesible, todos los felices aciertos de su Dominacion. ¡Qué bello espectáculo un Soberano, que rodeado del brillante aparato de la grandeza, aun en los primeros instantes de su subida al Trono, en que suelen enagenar los transportes de la prosperidad, no echa en olvido su dependencia, al tiempo que vé á tantos dependientes de sí: prostra sus rodillas ante el Monarca del Cielo y tierra, al tiempo que mira á sus plantas dobladas las de tantos Pueblos: reconoce que nada puede sin su amparo: se lo pide: se lo suplica; y para mover sus bondades, es su atencion primera, á mas de restituir á la Capilla Real los officios públicos de Liturgia, ordenar á todos sus Reynos el que con

(10.)

devotas plegarias y con incruentos sacrificios obliguen al Eterno á que de su asiento glorioso envíe sobre él la Sabiduría, que lo asista y reine con él! Tal es la imagen de la Religion de CARLOS.

Vereis como os retratan los empeños en que há encontrado á la Corona; y al mostraros entre ellos á los Pupilos y á las Viudas clamando por los estipendios que sus Padres y sus Esposos habian yá ganado en la guerra con su sudor y con su sangre, os propondrán al Rey tiernamente herido de clamores tan justos, deseoso y resuelto á acallarlos con la debida satisfaccion, no menos que á descargar de toda deuda á la Corona con un entero desempeño: accion tanto mas loable, quanto que para hacerla há ceñido sus gastos, y há moderado sus diversiones. Tal es la imagen de la Justicia de CARLOS.

Vereis como os presentan por una parte una Provincia de Vasallos, á quienes la esterilidad y el terrible azote de la epidemia habian impedido la paga de las justas contribuciones: por otra una Corte, en donde la miseria y carestia iban haciendo experimentar á los miserables su rigor; y al ponerlos delante estas tristes imágenes, os harán ver la hermosa de la dulce ma-

(11.)

no del Rey, que enjuga las lágrimas de tantos pobres infelices, remitiendo á aquellos generosamente sus deudas, haciendo á su costa el que estos tengan mas barato el pan de su sustento, y suspendiendo por un año á la cebada y trigo los derechos de la Alcabala, aumentando el favor con la esperanza, si la necesidad lo pida, de prorrogar la suspension. Tal es la imagen apacible de la Misericordia de CARLOS.

Vereis como os describen la solitud de un buen Principe, que quita á su justo descanso aun las horas del sueño, para expenderlas en el bien de sus queridos Súbditos: que vela mientras ellos duermen: que inspira con su exemplo actividad á los Tribunales: que consagra sus miras al fomento de la Agricultura, al aumento de la Poblacion, al adelantamiento del Comercio, á los progresos de las Ciencias, y á quantos ramos contribuyen á hacer opulentos los Reynos, y felices á los Vasallos. Este es á la verdad el retrato propio de un Rey, porque es el de un Padre que ve á sus Vasallos como á hijos, y él es por tanto la imagen verdadera del amor paternal de CARLOS.

Sobre estas, y sobre otras muchas virtudes, como sobre cimientos de unos justísimos elogios,

¡qué edificios de composiciones energicas no levantará la Eloquencia, y no erigirá la Poësia, manejadas con habilidad por los que en ellas se exercitan! Yá se ve que para ensalzar al Monarca aun mas allá de las Estrellas, no se hacen necesarios ni la energía de la una, ni el entusiasmo y calor de la otra, quando para su aclamacion bastan solo los testimonios que á sus prendas, que á sus virtudes, que á su grande amabilidad han dado yá los Pueblos en las expresiones extraordinarias con que han mostrado su regocijo en los alegres dias de su Proclamacion. ¡Qué escenas tan festivas no ha hecho ver el amor! Iluminaciones que hán transformado las Ciudades en hermosísimos Mongivelos; invenciones de fuego en que há brillado el arte; calles entapizadas con damascos preciosos; Carros triunfales suntuosísimos; alegrísimas Danzas; abundante profusion de Monedas; Estatuas magnificas; Arcos soberbios, y otras bellas decoraciones en que el amor y fidelidad han hecho alarde y pompa, son otras tantas protestaciones de las virtudes y prendas de un Soberano tan amable, que há obrado en virtud de ellas tan dulce y tan gran conmocion en los ánimos de sus Vasallos. Todo sirve de panegirico á sus virtudes, todo publica su

alabanza, todo depone á su favor. Y aun quando nada de esto hablara, ¿quien no conoce que sobrarian, sin duda, para elevarlo sobre los Astros las bendiciones solas de aquellos Pupilos socorridos, de aquellas Viudas amparadas, de aquellos pobres sacados misericordiosamente de entre las fauces de la miseria, de los cuales hemos yá dicho; y finalmente las alabanzas aun de la gente mas infeliz, á quien CÁRLOS há precisado á dar público testimonio de su humanidad y dulzura, de su bondad y beneficencia?

Si: vosotros tristes miembros de la Humanidad, que por una suerte infeliz llorabais la pérdida de vuestra libertad, arrastrando los grillos de una penosa esclavitud. Si: vosotros con solo mudar de terreno hallasteis en el suelo de CÁRLOS aquel dulce don de quien todo el mundo no es precio. Su territorio solo bastó á haceros felices, restituyendoos la libertad; pero á CÁRLOS pareció poco concederos precisamente lo que el derecho de las Gentes os estaba yá dando: parecióle poco, y por efecto de su bondad, ó (para decirlo mejor, valiéndome de sus palabras) de una *clemencia suma*, añadió para vuestra dicha un favor tan esplendido, que vosotros lo reputareis tal vez por mas amable que vuestra misma libertad. Si:

os tomó baxo de su amparo, os puso al asilo de su protección poderosa, os colocó baxo su Manto Real. Baxo de él estoy viendoos, y vuestra negregura me parece hace resaltar baxo de aquel Manto precioso su hermosura y su brillantez. ¿No lo bendecireis como á un Monarca el mas amable?

Y vosotros, los que aun os manteneis en el estado de servidumbre, ¿podreis decir acaso que porque no poseis el dulce bien de la libertad, no le sois á CARLOS deudores? ¿Y quien otro es el que acaba de manifestar que sois tambien vosotros, como miembros de la Humanidad, dueños de su amor, blanco de su ternura, y objetos de su Real atencion? ¿Quien se há mostrado frescamente zelosísimo de vuestra educacion politica y christiana? ¿Quien es el que vela sobre vosotros, vela sobre vuestros vestidos, vela sobre vuestros alimentos, vela sobre vuestra salud, vela sobre vuestro descanso, vela aun sobre vuestras diversiones honestas, vela en fin sobre vuestra felicidad, así temporal como eterna? ¿Quien es sino CARLOS el QUARTO? La altura de su Trono, que lo há colocado tan distante de vuestra baxeza, no há alejado de vosotros su corazon: la cumbre de su magestad no le há impedido ver

la profundidad de vuestra miseria, y su altísima elevacion no le sirve de mas respecto de vosotros, que lo que su altura á las nubes respecto de la tierra, las que se hallan tan encumbradas para hacerle saludable sombra, y desde allí derramar sobre ella copiosas y benignas lluvias. Vosotros pues, quando todo callara, hariais á vuestro Rey el panegírico mas glorioso, manifestando al mundo que quanto mas dulce, quanto mas Padre, quanto mas humano, tantos mas gages está gozando de divino.

Mas nada calla: todo habla á favor de este Rey: hablan los Esclavos, hablan los hambrientos, hablan los Pupilos, hablan las Viudas, hablan los Pueblos, hablan las Ciudades, hablan los Reynos, y recogiendo todos estos elogios los Oradores y los Poëtas, ellos son por último el órgano por donde expresa sus sentimientos toda la vasta Monarquía. Sea en hora buena: Yo refundo los míos, propios de un corazon respetuoso y amante, en las expresiones pomposas de sus Oraciones y Versos; y mientras ellos forman sus panegíricos con toda aquella gala que sabe dar su peso á las prendas y á las acciones; Yo que no alcanzo á tanto me contentaré con hacer únicamente lo que puedo.

Me portaré como la Plebe se portaba antiguamente en los grandes triunfos. Porque quando los Césares entraban victoriosos por el Arco triunfal de Roma, sentados en una Carroza, á que iban uncidos los Prisioneros, se hacia, es verdad, un elogio eloqüente, en que con hermosa facundia se celebraban las hazañas y las glorias del vencedor: mas ese se encargaba á algun Sugeto distinguido, cuya eloqüencia noble se hubiese bien acreditado, no haciendo mas el Pueblo que expresar al César su amor, su respeto y fidelidad, con repetir mil vivas con que le seguia y aclamaba. Yo me figuro pues, acá en mi fantasia el hermoso triunfo de CÁRLOS. El vá magestuoso y lleno de gloria sobre un Carro triunfal que le han formado los afectos de su afortunada Monarquía. Atados á él caminan todos sus Vasallos, como unos Prisioneros, no de su poder y sus armas; sí de su amor y su dulzura, de su bondad y beneficencia, con las quales, como con todo el atractivo de sus virtudes é ilustres prendas, há cautivado dulcemente sus corazones y voluntades. ¡Qué triunfo este tan agradable y tan glorioso! Pero entretanto que los Sugetos distinguidos, los Oradores sabios, y los excelentes Poëtas celebran sus hazañas con bien limadas Composi-

ciones; yo adocenado con el Pueblo expresaré mi regocijo, mi respeto y mi amor, entonando vivas á CÁRLOS, dueño de nuestros corazones: vivas á LUISA, dulce delicia de las Españas: vivas al precioso FERNANDO, esperanza de la Nación: vivas en fin á toda la Familia Real: recopilando todos los sentimientos de que mi espíritu está lleno, en unas palabras expresivas semejantes á aquellas que en otro tiempo resonaron en la Jura de Salomon: *Como estuvo el Señor con mi Monarca CÁRLOS TERCERO, así esté con CÁRLOS el QUARTO, y haga mas glorioso y sublime el Solio de éste que el de aquel.* (1) Sí, CÁRLOS TERCERO, Alma inmortal, que creo ya estás sentada sobre un Trono de Estrellas, tén á bien que lo diga: *Amplifique el Señor el nombre de CÁRLOS EL QUARTO sobre tu augusto nombre, y ensalce y magnifique su Trono sobre el tuyo.* (2) Estos son los votos del infimo de sus Vasallos.

Dixe.



(1) 3. Reg. 1. 37. (2) Ibid. ʒ. 47.